

GLOBALIZACION Y POBREZA: VIEJOS Y NUEVOS DEBATES

Koldo Unceta Satrústegui

(Publicado en Javier Martínez Peinado y Ramón Sánchez Tabarés (eds.): **El futuro imposible del capitalismo. Ensayos en memoria de José María Vidal Villa**. Icaria-Antrazyt. Barcelona, 2007).

La realidad de la pobreza, la constatación de un mundo en el que unos tienen sus necesidades básicas cubiertas -muchas veces con holgura- y disfrutan de unos confortables estándares de bienestar, mientras que otros sufren numerosas privaciones y se ven obligados a luchar día a día por la subsistencia, es algo que, de manera recurrente, ocupa la atención de gobiernos, agencias internacionales, organizaciones no gubernamentales, y comunidad académica. En la literatura económica, la pobreza ha llenado páginas y páginas desde que hace ya más de dos siglos Adam Smith *inaugurara* el debate económico contemporáneo con su famoso tratado sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones en el que, entre otras cosas, se ocupaba de estudiar los mecanismos y las políticas que pudieran permitir y/o facilitar el acceso de la mayoría de la población a los bienes y servicios generados en el nuevo escenario abierto tras la revolución industrial. Por su parte, el conjunto de la obra de José María Vidal Villa está impregnado por esa preocupación: la de comprender mejor las causas de la desigualdad y la pobreza, en el marco de los cambios que iban produciéndose en el seno de la economía mundial.

En la actualidad, y tras un tiempo de asfixiante presión del pensamiento económico dominante, en que el ajuste macroeconómico aparecía como única preocupación posible, parece haber surgido un renovado interés hacia los temas relativos a la pobreza. Por una parte, los medios de comunicación nos muestran habitualmente el rostro de la miseria, reflejado en personas que recorren los vertederos revolviendo en la basura, en emigrantes que se juegan la vida en busca de una oportunidad con la que poder ganarse el pan, en niñas que se prostituyen para obtener unos ingresos que permitan su sustento y hasta el de sus familias, o en seres humanos de todas las edades que huyen de la sequía, de la guerra, o la indigencia, y aguardan desesperadamente la llegada de la ayuda internacional.

Por otro lado, cada vez son más frecuentes los llamamientos que desde diferentes organismos internacionales del Sistema de Naciones Unidas, o desde fundaciones y agencias privadas, se realizan en favor de la movilización contra la persistencia de la pobreza en el mundo. La propia declaración de los *Objetivos del Milenio*, rodeada de solemnidad, en la que se proponía tímidamente reducir a la mitad, para el año 2015, el número de personas que viven con menos de un dólar al día, supuso un gesto significativo en ese sentido, pese al fracaso que dicho llamamiento está representando en la práctica. Y, por último, también en el plano académico los temas relativos a la pobreza han vuelto a tener una presencia de la que no gozaban desde principios de los años setenta del pasado siglo, cuando las preocupaciones por

la desigualdad y la satisfacción de las necesidades básicas, ocuparon un lugar relevante en la literatura sobre el desarrollo.

Es difícil que -se defiendan unas u otras posiciones sobre el tema-, en las actuales circunstancias alguien pueda sustraerse a un problema que, según las previsiones y los pronósticos, debería haberse resuelto hace ya décadas pero que, sin embargo, sigue estando presente entre nosotros. Y sorprende que, pese al tiempo transcurrido desde que los economistas y otros científicos sociales comenzaron a debatir, hace ya más de dos siglos, sobre las causas de la riqueza y la pobreza, algunas cuestiones sigan siendo tratadas de manera muy parecida, insistiéndose a veces en las mismas cuestiones, y repitiéndose argumentos de los que la realidad debería haber hecho desistir a sus defensores hace ya algunos años.

A lo largo del tiempo, hay dos ideas sobre la pobreza y la privación humanas que han venido repitiéndose hasta la saciedad y que, a fuerza de ser reiteradas, han acabado instalándose en el imaginario colectivo como si formaran parte de una realidad incontestable. La primera de ellas, la más antigua, es la que trata de asociar la idea de pobreza con la de escasez. Se es pobre porque, en una sociedad determinada, no hay suficientes recursos para poder satisfacer las necesidades colectivas. De acuerdo con esta forma de ver las cosas, el problema se centraría en un insuficiente crecimiento económico, asociado a lo que ha venido denominándose “atraso”, término con el que se suele identificar a aquellas sociedades en la que la productividad es escasa y, en consecuencia, también lo es su capacidad productiva. Según este planteamiento, el problema de la pobreza apenas tendría que ver con el de la desigualdad, ni tampoco con las relaciones establecidas en el seno de la economía mundial. Por el contrario, cada país vendría a ser el responsable principal de su pobreza, cual si estuviéramos en el mundo anterior al surgimiento del capitalismo.

La otra idea –más propia de la segunda mitad del siglo XX- es la que llevaba a considerar la pobreza como un problema básicamente de los llamados países en desarrollo, aquellos que algo después comenzaron a ser considerados bajo la común denominación de “tercer mundo”. Así, mientras en las sociedades occidentales -caracterizadas tras la segunda guerra mundial por el acceso al consumo de la gran mayoría de la población y por una situación de pleno empleo-, la pobreza pasó a ser considerada como un fenómeno excepcional y/o coyuntural, del que en todo caso debían hacerse cargo unas sólidas redes de seguridad social, en otros países, los países llamados subdesarrollados que formaban parte de la periferia del sistema capitalista, la pobreza era considerada, como un fenómeno estructural, capaz de afectar a amplias capas de la población.

Ambas ideas fueron analizadas por Jose Maria Vidal Villa, en diferentes etapas de su vasta y fructífera vida académica. La primera, desde su convicción de que la pobreza era un problema asociado a la desigualdad y al propio sistema capitalista, cuyas leyes de funcionamiento -basadas precisamente en dicha

desigualdad- tendían a reproducir el problema¹. No es que el sistema no fuera capaz de producir todo lo necesario para satisfacer las necesidades humanas – especialmente en algunos países-, sino que el mismo se encontraba estructurado a la medida de los intereses de las clases capitalistas y en contra de las clases trabajadoras. No se trataba de un problema de escasez, sino de acceso. Aunque pudieran producirse muchas cosas, gran parte de la población no tenía dinero para comprarlas.

En esta misma línea, Vidal Villa no aceptaba la existencia de sociedades “atrasadas”, o escasamente evolucionadas como consecuencia de su débil contacto con las fuerzas de la modernización. Por el contrario, insistió en el papel fundamental del imperialismo como fenómeno propulsor y amplificador de un modelo de desarrollo excluyente y desigual, capaz de transformar las formas de organización social y económica preexistentes en los países sometidos al mismo, para ponerlas al servicio de las necesidades del sistema². En muchos países, el imperialismo había venido a sustituir un modelo del que sin duda formaba parte la escasez, por otro basado en la pobreza y la discriminación social. .

La segunda cuestión a la que me he referido, la consideración de la pobreza y sus consecuencias como un problema centrado de manera casi exclusiva en los llamados países en desarrollo, también fue analizada y discutida por Vidal Villa, desde su aguda percepción acerca de las transformaciones que se estaban produciendo en el sistema capitalista mundial en los años inmediatamente anteriores a su muerte. Durante años, Vidal Villa dedicó gran parte de sus energías y sus investigaciones a poner de manifiesto las características del Sistema Centro-Periferia y las relaciones de dependencia existentes entre ambos, subrayando las profundas diferencias existentes entre las formaciones sociales de uno y otro ámbito. Sin embargo, la importancia de los cambios habidos en la economía mundial desde los años ochenta le llevó a centrar la atención sobre sus posibles efectos. De acuerdo a esos cambios, Vidal Villa advirtió que la pobreza y la marginación social ya no serían en el futuro un problema de los *países en desarrollo* sino algo presente tanto en las sociedades ricas como en las de los llamados países pobres³, como consecuencia del proceso de mundialización. Para Vidal dicho proceso llevaba a una nueva configuración del sistema capitalista mundial en el que, aunque el sistema mantuviera una estructura del tipo centro-periferia, ésta ya no estaría tanto conformada por países, sino por franjas de población, por sectores de la sociedad, en definitiva, por clases sociales.

Es precisamente este último asunto, el de la nueva configuración del sistema capitalista mundial, el que más incide e la actualidad en los diagnósticos sobre la pobreza y en la definición de estrategias para afrontarla. Hoy en día, los

¹ “El Sistema capitalista mundial funciona en virtud de ciertas reglas, y dichas reglas son las que polarizan a las formaciones sociales” (Vidal Villa, 1990)

² “Los modos de producción precapitalistas han sido destruidos y en su lugar se ha instalado un capitalismo deformado y dependiente que crea unas formaciones sociales desarticuladas....” (Vidal Villa, 1976)

³ “(El) desarrollo desigual ya no lo será entre cotos territorialmente cerrados, entre países, sino que adoptará la forma más pura del desarrollo desigual: entre clases sociales a nivel mundial” (Vidal Villa, 1996)

análisis sobre la pobreza van casi siempre de la mano de los debates sobre la globalización. La manera en que esta última está contribuyendo a agravar o a aliviar el problema constituye una auténtica piedra de toque, y en torno a ese debate se construyen no pocos discursos.

1.- Globalización y pobreza: la botella medio llena o medio vacía.

A la hora de establecer un diagnóstico sobre los efectos que la globalización está teniendo sobre la extensión y/o reducción de la pobreza en el mundo, encontramos dos grandes tipos de aproximaciones: están, por un lado, aquellas que vienen a expresar una posición categórica, sin demasiados matices, y un tanto simplista: La globalización ha permitido una fuerte reducción de la pobreza (Sala i Martin, 2003) o, por el contrario, es la responsable principal de un aumento de la misma (Susan George, 2006). Este tipo de posiciones han venido alimentando parte del debate sobre la globalización y sus consecuencias durante los últimos años, si bien su influencia ha sido escasa fuera de algunos círculos políticos, sociales y académicos.

Sin embargo, la mayor parte de los análisis y los trabajos más influyentes sobre la evolución de la pobreza y su relación con el proceso globalizador no suelen presentarse normalmente en blanco y negro, sino con tonos policromados. Es el caso de muchos de los trabajos llevados a cabo en esferas intelectuales próximas a los principales organismos internacionales y, muy especialmente, en el Banco Mundial o en sus aledaños⁴. Se trata, en su mayoría, de propuestas que tratan de justificar las políticas llevadas a cabo por dichos organismos y que, si bien reconocen los contradictorios efectos producidos por la globalización, subrayan las potencialidades de ésta para acabar con la pobreza, culpando en todo caso de sus posibles efectos negativos a la forma en que ha sido gestionada. En el mencionado caso del Banco Mundial, el cual ha dedicado durante los últimos años varios informes al tema de la pobreza y su relación con la globalización, es posible observar una curiosa combinación de argumentos favorables a la globalización actual con la adopción de ciertas cautelas a la hora de establecer un diagnóstico sobre los logros obtenidos en este terreno.⁵

⁴ Es interesante comprobar la importancia concedida por el Banco Mundial al análisis de los temas relativos a la pobreza y la desigualdad desde que, a mediados de los años noventa, comenzó a vislumbrarse un cierto distanciamiento en el discurso de esta institución con respecto al del FMI. Esta tenencia se refleja en los Informes sobre el Desarrollo Mundial que el Banco elabora anualmente, pero también en los trabajos publicados recientemente por un cierto número de economistas que tienen o han tenido responsabilidades importantes en el Banco Mundial, entre los que se encuentran Bourguignon, Dollar, Sachs, o Stiglitz.

⁵ Resulta significativa a este respecto la manera en que *The Economist* resumía en diciembre de 2001, las conclusiones del Informe del Banco Mundial de ese mismo año titulado *Globalization, Growth, and Poverty*: “El informe es optimista; a juicio del Banco Mundial 3 mil millones de personas mejoraron con la globalización, mientras que 2 mil millones están peor”.

Uno de las ideas más repetidas en los debates sobre las consecuencias de la globalización, y que se refleja en bastantes de los trabajos mencionados, es aquella según la cual la pobreza tiende a disminuir, o al menos a estabilizarse, como consecuencia del fuerte ritmo de crecimiento económico experimentado en algunos países del continente asiático. En efecto, buena parte de los estudios elaborados durante los últimos años coinciden a la hora de subrayar el efecto positivo que los rápidos cambios que se han dado en el sur y el este de Asia han producido sobre la evolución de la pobreza en el mundo. China ha sido repetidamente mencionada a este respecto, pero algunos autores (Dollar, 2006) subrayan el hecho de que también otros países de la región que hace dos décadas se encontraban entre los más pobres del planeta -como India, Bangladesh, o Vietnam- se encuentran entre los que han registrado mayores tasas de crecimiento económico en los últimos años. Lo cierto es que dichas tasas de crecimiento, unidas a la gran importancia relativa de esos países en términos demográficos, y a su tristemente histórica contribución a la contabilidad de la pobreza en el mundo, han tenido un impacto en los promedios mundiales que algunos han querido interpretar como muestra de una tendencia general.

De acuerdo con esta perspectiva, la evolución de la economía mundial durante los últimos años habría tenido unos efectos contradictorios sobre la extensión de la pobreza: mientras en varias zonas del mundo (caso de buena parte de Asia) habría disminuido, en otras se habría estancado (América Latina), y finalmente en algunas (Africa Subsahariana, Oriente Medio) habría aumentado. La globalización estaría así beneficiando más a unos países que a otros, si bien la resultante de todo ello sería una cada vez más acusada focalización de la pobreza en algunas zonas y regiones del mundo. Según Sachs (2005) “el desarrollo económico es real y generalizado” dado que cinco sextas partes de la población mundial se encuentran “un peldaño por encima de la pobreza extrema”⁶, o que un gran número de personas vive en países en los que la esperanza de vida ha amentado en los últimos años. La globalización estaría así mostrando su potencialidad, a la espera de que desaparezcan los escollos que persisten para que pueda arrojar todos sus frutos y la gente pueda beneficiarse de la misma en los diferentes lugares del mundo.

En este sentido, cada vez son más los análisis y los informes que, a la hora de hablar de la pobreza, centran su atención en Africa, considerando que es en ese continente en donde el problema es más agudo, o incluso endémico, en tanto en el resto del mundo se trataría de un fenómeno en vías de solución. Estaríamos así ante la “excepción africana” que confirmaría la regla según la cual la pobreza ha ido disminuyendo en la misma manera en que iba avanzando la globalización. Dollar (2006) señala a este respecto que si bien es cierto que dos tercios de la población que vive en la extrema pobreza se sitúa en Asia, las tasas de crecimiento de este continente harán que en poco tiempo la pobreza se acabe concentrando en Africa. Stiglitz, sin embargo, da la vuelta al argumento y parece ver la botella medio vacía, en lugar de medio llena. Si bien apunta que la globalización contribuyó a sacar a los países del Este

6 Debemos recordar que por pobreza extrema se entiende aquella que no permite a la gente conseguir los ingresos necesarios para satisfacer sus necesidades de alimentación básicas, expresadas en términos de requerimientos calóricos mínimos.

asiático de la pobreza, subraya que “la triste verdad es que salvo en el caso de China, la pobreza se ha incrementado a lo largo de las dos últimas décadas en los países en vías de desarrollo” (Stiglitz, 2006). De acuerdo con este punto de vista, la excepción no sería África sino China, si bien coincide en señalar que el continente africano representa el mayor fracaso en la lucha contra la pobreza, recordando que históricamente ha sido el más explotado por la globalización. Para Sachs (2005) la comparación no arroja dudas: mientras en África la pobreza está aumentando, tanto en números absolutos como en porcentaje de población, en las regiones asiáticas estaría disminuyendo en ambos aspectos, posición que coincide con la del propio Banco Mundial que, en su informe de 2006, señalaba que “al tiempo que algunos países populosos, casi exclusivamente de Asia, como Bangladesh, China, India y Pakistán, enfilaron decididamente contra la pobreza extrema, casi todos los incrementos de ésta tuvieron lugar en África Subsahariana” (Banco Mundial, 2005).

Resulta obligado relacionar los análisis y diagnósticos que se llevan a cabo sobre la evolución de la pobreza con el tipo de indicadores que se utilizan para medirla. Lo primero que llama la atención a este respecto es la prioridad concedida al estudio de la pobreza absoluta -lo que requiere el establecimiento de un mismo umbral en todos los países-, en detrimento de un enfoque basado en la pobreza relativa, que requeriría la utilización de umbrales diferentes en cada país. Algunos cálculos establecen el umbral mundial de la pobreza en unos ingresos equivalentes a un dólar al día, en tanto otros establecen la línea de pobreza en dos dólares diarios⁷, distinción lo que sirve al Banco Mundial para diferenciar los conceptos de pobreza extrema y pobreza moderada. La elección de uno u otro umbral resulta importante a la hora de analizar las conclusiones obtenidas en los distintos estudios sobre los avances o retrocesos habidos en la extensión del fenómeno de la pobreza.. Así por ejemplo Chen y Ravallion (2004), Dollar (2006), o Sachs (2005) reconocen que, si bien el número de personas que viven con menos de US\$1 al día -los denominados extremadamente pobres- se ha reducido, el número de quienes viven con menos de US\$ 2 al día ha aumentado.

Una dimensión específica del debate reciente sobre la evolución de la pobreza en el mundo es la relativa al impacto e la globalización – y, más específicamente, de las políticas liberalizadoras que han acompañado o propiciado la misma- sobre el empleo femenino y, por tanto, sobre la reducción del número de mujeres privadas de medios de vida. En este sentido Zabala (2006) señala la necesidad de tener en cuenta que el empleo femenino en el sector manufacturero orientado a la exportación en algunos países, no puede hacer perder de vista pérdida de empleos en otros sectores y países favorecida por la liberalización de importaciones, ni tampoco otras dimensiones de la feminización de la pobreza que se han agudizado en los últimos años, y que afectan a las mujeres en su papel de gestoras del hogar, de madres, o de organizadoras de la comunidad. La OIT (2005) señala por su parte en que, si bien la participación de las mujeres en los mercados laborales sigue acercándose a la de los hombres, su presencia en los empleos poco remunerados, de baja productividad y a tiempo parcial sigue siendo

⁷ Como recuerda el propio Stiglitz (2006), incluso la medida de dos dólares al día representa menos de una quinta parte de la medida de pobreza utilizada en Europa o en EE.UU.

desproporcionada, y en muchas regiones como Oriente Medio, África del Norte y Asia Meridional, la participación de la mujer en el mercado de trabajo sigue siendo pequeña. De nuevo pues la botella medio llena, o medio vacía.

Lo cierto es que, entrado ya el siglo XXI, la pobreza en el mundo sigue afectando a muchos millones de personas, sin que de momento los avances que puedan registrarse en este terreno sean suficientemente significativos como para constatar, al menos por el momento, una alteración sustancial en la dimensión del problema, o al menos un sólido cambio de tendencia. En el momento presente, los datos disponibles (Banco Mundial, 2006) indican que, en al menos 24 países del mundo (17 de África, 2 de América Latina y el Caribe, y 6 de Asia -entre ellos la India-), más del 70% de la población vive con menos de dos dólares al día, lo que da idea de un problema de gran calado, que afecta a diferentes zonas y regiones del mundo, y cuya solución no debería dejarse en manos de unos ritmos de crecimiento de improbable mantenimiento en el tiempo, y de dudoso impacto redistributivo.

2.- Pobreza y crecimiento económico

La mayor parte de los análisis citados en el apartado anterior coinciden en señalar que, o bien el proceso de globalización reciente ha demostrado su influencia positiva en la reducción de la pobreza o que, si no lo ha podido hacer, se debe a factores ajenos al fenómeno en sí mismo, que tienen que ver con la manera en que ha sido gestionado. De acuerdo a esta última consideración, resulta de interés analizar los diagnósticos realizados sobre las disfunciones observadas en la marcha del proceso. En algunos trabajos recientes (Bhagwati, 2005; Stiglitz, 2006; Sachs, 2005) la pobreza tiende a considerarse como una anomalía, que si bien afecta a un considerable número de personas, no permite cuestionar el modelo. Por el contrario, se parte de constatar las bondades de este último, planteándose como una necesidad la investigación de las causas que generan disfunciones. El problema se nos presenta, así, acotado –“solo” afecta a una sexta parte de la población mundial- y el reto consiste en comprender, dado que el sistema funciona en muchas regiones del planeta, por qué no lo hace en otras, en las que la gente no ha llegado a la escalera del desarrollo, o está estancada en los peldaños inferiores de la misma (Sachs, 2005).

Tradicionalmente, la pobreza -y el subdesarrollo- habían venido siendo considerados y analizados como fenómenos contrarios a la lógica de un sistema que, a través del crecimiento económico, podía y debía ser capaz de acabar con la pobreza. Los primeros diagnósticos sobre esta anomalía vinieron a centrarse en los obstáculos que algunas sociedades presentaban para que el crecimiento económico pudiera darse con el mismo vigor con que lo hacía en otras: insuficiencia del ahorro, escasa productividad, ausencia de innovación, debilidad institucional, valores y tradiciones culturales... Estos temas acapararon buena parte de la literatura sobre los obstáculos al crecimiento y los denominados círculos de la pobreza descritos por los primeros economistas del desarrollo mediado el pasado siglo.

Lo llamativo es que hoy en día, algunos de los trabajos más representativos sobre el tema, continúen insistiendo en este tipo de factores como algunos de los más importantes a la hora de explicar la persistencia de la pobreza. Es el caso de Sachs (2005), que al analizar las causas que pueden impedir el crecimiento económico o producir el estancamiento o el declive de una economía, alude a la trampa de la pobreza –la propia pobreza como causa del estancamiento- y apunta a ocho cuestiones fundamentales entre las que se encuentran las anteriormente mencionadas. Como si las reminiscencias del pasado no fueran suficientes, Sachs acaba sugiriendo que cuando los países ponen un pie en la escalera del desarrollo son capaces de seguir ascendiendo por ella, por lo que el objetivo debe ser ayudarles a dar ese primer paso, tras el cual puede arraigar un crecimiento económico autosostenido, en lo que parece un *remake* de la teoría de las etapas de Rostow.

Sin embargo, el examen de los datos existentes no permite sostener hoy en día que la pobreza es consecuencia de la ausencia de crecimiento⁸. Por el contrario, diversos informes apuntan a la coexistencia de ambos fenómenos: pobreza y crecimiento. Un reciente informe de la UNCTAD (2006) recuerda este respecto que el crecimiento económico del conjunto de los países menos adelantados (PMA) registra una mejoría sostenida, ya que durante los últimos años, el incremento medio real del PIB rondó el 6%, previéndose una tasa del 7% en 2007, lo cual guarda relación con una serie de factores como el aumento de las exportaciones, el alza del precio de los productos básicos, las corrientes de inversión extranjera directa, o el incremento de la ayuda oficial neta al desarrollo. Ciertamente, existen algunos países en los que coinciden una aguda pobreza con un estancamiento o un retroceso en términos económicos, pero la evolución habida en el conjunto de los PMA –en los que sí se ha producido un aumento del PIB/hab.- no permite establecer una relación directa, de causalidad única, entre crecimiento y reducción de la pobreza.

Lo mismo podría decirse si tomamos África por separado, continente en el que se ha concentrado el incremento de la pobreza absoluta en los últimos años. Aunque las diferencias entre países dentro de la región son evidentes, lo cierto es que, desde mediados de la década de 1990, las economías africanas han registrado tasas de crecimiento más elevadas que las de la media mundial, acercándose como promedio al 5% durante los últimos años. Volvemos pues a los términos del debate suscitado a comienzos de los años setenta cuando, tras dos décadas de crecimiento económico generalizado, se pusieron de manifiesto los escasos avances logrados en la reducción de la pobreza: ¿porqué, habiendo crecimiento, no se logra avanzar más deprisa en esta cuestión?

Algunas de las respuestas a esta nueva interrogante tienden a considerar la insuficiencia de dicho crecimiento. La persistencia o la agudización de la pobreza no serían atribuibles a la ausencia de crecimiento, sino a que éste no

⁸ Pese a ello, algunos representantes de la ortodoxia siguen insistiendo en que la cuestión de la pobreza se reduce prácticamente a un tema de crecimiento. Así Sala i Martín (2001) señala que “La pobreza se redujo e forma notable en Asia porque los países asiáticos crecieron (mientras que) aumentó de forma notable en África porque los países africanos no crecieron. En consecuencia (...) la cuestión fundamental que los economistas interesados en el bienestar humano deberían preguntarse (...) es cómo conseguir que África crezca”.

es suficientemente vigoroso. Un ejemplo es la consideración de las tasas de crecimiento necesarias para poder cumplir los Objetivos del Milenio que prevén, entre otras cuestiones, una reducción del 50% en el número de personas que viven en la pobreza absoluta para el año 2015. Pues bien, se supone que, en el caso de África, la tasa de crecimiento necesaria para cumplir dicho objetivo sería del 7% anual hasta llegar a esa fecha. De acuerdo a este diagnóstico, la reducción de la pobreza requeriría de ritmos de crecimiento mayores incluso que los registrados durante la última década.

Para poder avanzar en esa dirección, se plantea la necesidad de nuevas reformas y medidas liberalizadoras que estimulen la inversión, y favorezcan una mejor inserción de los países pobres en los mercados mundiales. Uno de los argumentos favoritos de quienes así opinan, es que África concentra una mayor proporción de pobres que otras regiones del mundo precisamente por estar menos integrada en la economía mundial, lo que probaría que la culpa de la pobreza no estaría en la globalización sino en la ausencia de la misma. Este punto de vista es defendido por autores como Bhagwati (2005), quien considera que las fuerzas que se oponen a la liberalización y a las reformas contribuyen, objetivamente, a perpetuar el problema de la pobreza. En este sentido, las *malas políticas*, aquellas que dificultan la plena integración de algunos países en la economía mundial, son la principal causa que les impide disfrutar de los beneficios de la globalización. En resumen, hacen falta tasas más elevadas de crecimiento económico para hacer frente a la pobreza, las cuales a su vez dependen de que unos y otros países sean capaces de aprovechar las oportunidades que, a tal efecto, brinda el actual proceso globalizador, mediante la adopción de las políticas adecuadas para ello.

3.- Pobreza y desigualdad

Pese a lo señalado en el apartado anterior, no todos los diagnósticos coinciden en señalar la insuficiencia del crecimiento como la principal limitación existente para una mejor incidencia del mismo sobre la pobreza. A lo largo de los últimos años, se ha abierto otras perspectivas de análisis vinculadas al estudio de las propias características del crecimiento y, muy en concreto, a su relación con el aumento de la desigualdad. ¿Porqué tasas de crecimiento semejantes están asociadas a tasas diferentes de reducción de la pobreza? se preguntaba el Informe del Banco Mundial 2000/2001, dedicado al análisis de la lucha contra la pobreza (Banco Mundial, 2000). La respuesta a esta pregunta, desarrollada a lo largo del propio informe, no dejaba lugar a dudas: con una tasa dada de crecimiento, el grado de reducción de la pobreza depende de la distribución, tanto del ingreso generado adicionalmente como consecuencia del crecimiento, como de las desigualdades inicialmente existentes en cuanto a ingresos, activos, y acceso a oportunidades. Más aún, el Banco Mundial señalaba que, con una tasa dada de crecimiento económico, la pobreza disminuiría más rápidamente en aquellos países donde la distribución del ingreso resultara más equitativa, que en los países donde ocurriera lo contrario.

La relación entre crecimiento, pobreza y desigualdad ha sido históricamente uno de los temas más debatidos a la hora de establecer estrategias y políticas de desarrollo. Tradicionalmente, la corriente dominante había venido defendiendo que la desigualdad no debía centrar la atención de los economistas del desarrollo, ya que en las primeras etapas del mismo la clave estaba en el logro de mayores tasas de ahorro e inversión lo cual, a su vez, dependía de los ingresos que pudieran obtener los sectores con mayor propensión a ahorrar. Dicho de otra manera, si para hacer frente a la pobreza se acometían reformas redistributivas que disminuían el ahorro y la inversión, ello acabaría perjudicando negativamente al crecimiento económico, a la creación de nuevos empleos, y, por tanto a la reducción de la pobreza. Lo importante era, en consecuencia, el logro de mayores tasas de crecimiento, las cuales acabarían produciendo los consiguientes efectos beneficiosos sobre la pobreza. Este punto de vista es el que sigue reflejándose en buena parte de los análisis que insisten en el crecimiento como única alternativa, desconsiderando otros factores como la desigualdad. Sin embargo, como ya hemos mencionado, la experiencia de las últimas décadas ha venido a demostrar que el crecimiento, por sí solo, puede no ser suficiente, y que no todos los tipos de crecimiento inciden de la misma manera en la reducción de la pobreza.

Esta última perspectiva no es ajena al debate suscitado sobre el aumento o disminución de la desigualdad en el mundo a lo largo de las últimas décadas, y muy especialmente desde los años ochenta. La importancia concedida a este debate no es baladí, pues el mismo afecta de lleno a la consideración de la globalización como un proceso capaz de atenuar las desigualdades o, por el contrario, de agrandarlas. Durante los últimos años, numerosas voces han subrayado el avance de las desigualdades generadas, caracterizándolas como algo consustancial al modelo propugnado por la globalización habida⁹. El crecimiento registrado durante los últimos años, atribuido por muchos a la liberalización de la actividad económica y al avance de la globalización, habría traído como consecuencia un avance de la desigualdad y, con ella, de las tensiones y la inestabilidad. Otros, sin embargo, cuestionan que se haya producido dicho aumento de la desigualdad. La aparente contradicción entre los distintos análisis llevados a cabo tiene distintas explicaciones. Según Sutcliffe (2004) son tres las causas principales de tales diferencias: el uso de nociones distintas de lo que es la igualdad y la desigualdad; la forma de medir dichos conceptos; y la incongruencia de los datos basados en distintas fuentes.

El Banco Mundial (2005) aboga por diferenciar tres tipos de medidas distintas a la hora de evaluar la desigualdad de la renta a escala mundial: por un lado estaría la *desigualdad global*, es decir, aquella que, prescindiendo de las fronteras nacionales, analiza la distribución del ingreso entre todos los habitantes del mundo. Se trata de una medida que no permite vislumbrar las diferencias existentes entre zonas, países, o regiones del mundo. En segundo término, estaría la *desigualdad interpaíses*, que refleja las diferencias

⁹ Joaquín Estefanía señala a este respecto: "Las desigualdades han llegado (...) al paroxismo. Nunca estuvieron tan extendidas, por lo que son una nota central de nuestro tiempo. Acompañan a la globalización como marco de referencia. (...) La desigualdad genera una especie de *apartheid* universal o de sociedad dual, que aumenta a medida que crece la economía y se incrementan las riquezas totales" (Estefanía, 2003).

existentes entre unos y otros países, representados éstos por su ingreso promedio, o renta per cápita. Esta medida de la desigualdad no refleja, lógicamente, la distribución existente dentro de cada país. Finalmente, la denominada *desigualdad internacional* trataría de reflejar a un tiempo tanto las desigualdades entre países, como las existentes al interior de cada uno de ellos, lo que se lleva a cabo teniendo en cuenta al conjunto de las personas que viven en el mundo pero asignando a cada una el ingreso medio de su país, y no su propio ingreso¹⁰.

El debate sobre el incremento o la disminución de la desigualdad en la distribución de la renta a escala mundial no puede ocultar, en cualquier caso una marcada tendencia al aumento de las desigualdades tanto entre países como, sobre todo, al interior de algunos de ellos. Como consecuencia de ello, la importancia de establecer un juicio global sobre el impacto de la globalización sobre la desigualdad mundial pierde interés, a mi modo de ver, frente a la importancia de analizar su incidencia sobre las desigualdades en cada país que son las que, en último término pueden tener mayor influencia en el aumento o la disminución de la pobreza. Dicho de otra manera, dado que la desigualdad de oportunidades depende en buena medida de factores tales como las intervenciones públicas, la calidad de las instituciones y su inclinación a considerar las necesidades de los pobres, o su capacidad para ayudarles a superar las crisis cuando éstas se producen (Banco Mundial, 2005), resulta de la mayor importancia estudiar la manera en que la globalización y el actual modelo de crecimiento inciden en la modificación de dichos factores en los distintos países.

La consideración de la relación existente entre la pobreza y el incremento de la desigualdad en unos y otros países, incide por otra parte en el diagnóstico y tratamiento de la privación humana no sólo en los llamados países en desarrollo, sino también en muchos de los considerados como desarrollados, en los que tanto la desigualdad inicial de ingresos, como la manera en que se distribuyen los beneficios del crecimiento tienen una importancia decisiva sobre dicha cuestión. Un patrón de crecimiento que disminuye la igualdad de oportunidades, el empoderamiento de los sectores más desfavorecidos, o que incrementa su vulnerabilidad, tiene una incidencia menor, o incluso negativa, sobre la evolución de la pobreza.

La preocupación puesta de manifiesto últimamente por las relaciones entre crecimiento, pobreza, y desigualdad, tiene una doble dimensión. Por un lado, afecta a la consideración moral del fenómeno de la pobreza pero, a la vez, tiene que ver con la manera en que las desigualdades pueden desembocar en

¹⁰ Las tendencias de la desigualdad mundial del ingreso entre individuos son el resultado tanto de los cambios en la desigualdad entre países, como de los habidos dentro de cada país. En general el componente internacional cuenta más que el interno, si bien resulta determinante el tamaño de los distintos países. La evolución de la desigualdad interna en países muy poblados contribuirá más a los cambios en la desigualdad mundial entre individuos que la que se produzca en países pequeños o poco poblados.

situaciones de polarización social generadoras de incertidumbre y obstáculos de diverso signo para el avance del crecimiento económico. La desigualdad no estaría solamente poniendo en peligro la suerte de los pobres, sino también el futuro del modelo y la propia estabilidad del sistema. Como pone de manifiesto el Banco Mundial, para acelerar el crecimiento hay que mejorar la equidad, ya que la realidad indica que las grandes inequidades, que se corresponden con sociedades fragmentadas por la gran desigualdad, generan ineficiencias económicas y atentan contra el crecimiento (Banco Mundial, 2005), pues en ellas no existe el clima apropiado para los negocios y la inversión. De nuevo la pobreza como amenaza, lo que recuerda los planteamientos del propio Banco Mundial a comienzos de los años 70 cuando, bajo la presidencia de MacNamara, se planteó el debate sobre las relaciones entre pobreza, crecimiento, y distribución.

4.- ¿Cómo hacer frente a la pobreza? Las causas y los síntomas del problema.

Una de las ideas más extendidas y difundidas por la corriente dominante es aquella según la cual muchas de las políticas públicas que llevan a cabo los gobiernos con el objetivo de combatir la pobreza son ineficaces - e incluso contraproducentes- en la medida en que sólo se fijan en los síntomas del problema, y no en sus verdaderas causas. En línea con este planteamiento, el Informe sobre el Comercio y el Desarrollo de la UNCTAD correspondiente a 2006 planteaba que “modificar el destino de los fondos públicos desde la realización de inversiones que pueden tener efectos duraderos en la eliminación de las causas de la pobreza, a la realización de gastos sociales que pueden curar temporalmente los síntomas puede ser contraproducente a largo plazo” (UNCTAD, 2006). Esta forma de ver las cosas no es nueva en absoluto, y hunde sus raíces en los debates suscitados por los economistas del desarrollo tras la segunda guerra mundial. La clave del proceso –se decía entonces- no era la puesta en marcha de políticas sociales de carácter redistributivo, sino aprovechar todo el ahorro que pudiera generarse en las actividades de mayor productividad para incrementar la inversión, y ampliar así la base de la economía. Sólo de esa forma podría garantizarse el crecimiento económico que acabaría absorbiendo la pobreza mediante la creación de nuevos empleos y oportunidades, ya que lo contrario podría terminar bloqueando el proceso.

Las cosas han cambiado, y las lecciones de la historia han propiciado que ahora se reconozca el papel relevante que pueden jugar la inversión pública y las instituciones, aunque se subraye al mismo tiempo la necesidad de actuar contra las causas y no contra los síntomas. Ahora bien ¿Cuáles son las causas y cuales los síntomas? ¿Son la mala salud, la ausencia de agua potable, la desnutrición, o la imposibilidad de ir a la escuela, causas o síntomas de la pobreza? De acuerdo con lo señalado en los apartados anteriores, algunas de estas cuestiones pueden ser consideradas al mismo tiempo como síntomas y como causas. Son un síntoma, en la medida en que reflejan una situación de privación objetiva. Y son también una causa, en la medida en que dicha

privación incide negativamente en la ausencia de medios para salir de la pobreza. Se tiene mala salud porque se es pobre, lo que impide el acceso a agua potable o a servicios sanitarios pero, al mismo tiempo, la mala salud dificulta tener medios de vida con los que mejorar los ingresos. Esta relación de ida y vuelta entre síntomas y causas de la pobreza, que retroalimenta el problema, está directamente relacionada con la propia definición del fenómeno. Hasta hace relativamente poco tiempo, los ingresos eran la principal y casi única referencia a la hora de analizar la pobreza: ser pobre era sinónimo de carecer de medios económicos. Sin embargo, poco a poco, la misma ha comenzado a ser estudiada como un fenómeno multidimensional en el que junto a la pobreza de ingresos son consideradas otras facetas de la pobreza humana.

A ello ha contribuido decisivamente la nueva perspectiva abierta por el enfoque del desarrollo humano, que centran la atención en las capacidades de la gente ser protagonista de una vida digna. Desde esa perspectiva, los análisis sobre la pobreza deben abordar, no sólo la insuficiencia de ingresos, sino todas aquellas cuestiones que inciden en las oportunidades y opciones de las personas. Fruto de esta reflexión, el PNUD, en su informe de 1997, planteó la necesidad de enfrentar la pobreza en sus diferentes dimensiones, y no sólo desde la perspectiva del ingreso. La pobreza -señalaba el informe- es mucho más que la falta de medios materiales, y tiene que ver con los diferentes aspectos de la privación humana (PNUD, 1997)¹¹. Este nuevo enfoque fue asumido en parte por el Banco Mundial que, en su informe de 2000-2001, planteó la necesidad de ir más allá de la pobreza de ingreso, analizando otros aspectos de la privación humana, y proponiendo tres dimensiones fundamentales para ello: La falta de ingresos y activos para satisfacer las necesidades básicas (alimentos, vivienda, vestido, salud, y educación); la sensación de impotencia y falta de representación en las instituciones del Estado y de la sociedad; y la vulnerabilidad ante las crisis, debido a la incapacidad de hacerles frente (Banco Mundial, 2000). Posteriormente, en el informe de 2006, dedicado al estudio de las relaciones entre equidad y desarrollo, el Banco Mundial centró su atención en cuatro dimensiones de la desigualdad global: la salud, la educación, el ingreso, y el poder (Banco Mundial, 2005).

Los avances registrados en el reconocimiento del carácter multidimensional de la pobreza suponen una novedosa aportación al estudio de la misma, si bien dificulta la separación que algunos exigen a la hora de combatirla, entre el tratamiento de sus causas y el de sus síntomas. Hasta hace no demasiado tiempo, la única política defendida por la corriente oficial era aquella capaz de generar crecimiento económico a corto plazo, dando por supuesto que de esa manera se atacaban las causas y no los síntomas de la pobreza. Los pobres sólo tenían que ser pacientes y esperar a que el crecimiento económico derramara sus beneficios sobre el conjunto de la sociedad. Sin embargo, hoy

¹¹ Con el objeto de facilitar el análisis de la pobreza desde una perspectiva amplia, el PNUD propuso un indicador para evaluar la pobreza humana -el IPH-, que en el informe de 1998 fue transformado en dos: el IPH-1 para los países en desarrollo, y el IPH-2 para los países industrializados (PNUD, 1998). Anteriormente, en el Informe de 1996 el PNUD había planteado un Índice de Pobreza de Capacidades (IPC).

en día, el mismo Banco Mundial reconoce que la inversión pública en salud o en educación, o el empoderamiento de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, constituyen aspectos esenciales de cualquier estrategia frente a la pobreza y que, además, representan instrumentos de suma importancia para el propio crecimiento económico. Es decir que, a quienes defienden el crecimiento a cualquier precio se han unido, dentro de la propia corriente oficial, quienes reclaman atención especial al problema de la pobreza, ya que el mismo constituye una amenaza para dicho crecimiento.

En estas circunstancias, el debate sobre las políticas más adecuadas para hacer frente a las causas de la pobreza es inseparable de la propia discusión sobre cuáles son esas causas. Uno de los aspectos centrales de dicho debate es el relativo a la manera de encarar la globalización y la forma en que los distintos gobiernos han abordado este tema. En el seno de la corriente dominante, existe un amplio consenso a la hora de afirmar que la globalización constituye una gran oportunidad para superar la pobreza que atrapa a una buena parte de la población mundial, y para lograr que los beneficios del desarrollo se expandan finalmente al conjunto de los habitantes del planeta, incluidos los más pobres. Algunos como Bhagwati (2005) reconocen que, por el momento, la globalización no ha logrado beneficiar a todos por igual y que los efectos positivos de la misma no se han dejado sentir en todas partes tal como cabía esperarse. Sin embargo, considera que ello no es tanto culpa tanto de la propia globalización como de quienes se oponen a la misma, impidiendo que pueda dar todos sus frutos. Otros, sin embargo, consideran que la incapacidad de la globalización para ejercer toda su influencia positiva se debe principalmente a la manera en que la misma ha sido gestionada hasta el momento. Este es el punto de vista de Stiglitz (2006), quien reconociendo que la pobreza ha aumentado durante los últimos años, culpa de ello a la nociva influencia de algunas de las recetas propuestas por el FMI¹², proponiendo al mismo tiempo una batería de medidas relacionadas con el comercio, o la deuda, orientadas a combatir aquella, lograr así que la globalización funcione en beneficio de la mayoría.

Como puede observarse, el debate sobre las políticas más adecuadas para que la globalización pueda beneficiar a los pobres presenta dos dimensiones diferentes: por un lado está lo que los gobiernos nacionales hacen y/o son capaces de hacer y, por otra parte, se encuentra lo que algunos organismos internacionales –como el FMI, o la OMC- hacen y/o dejan hacer. En este contexto, autores como Sachs o Stiglitz reparten responsabilidades en los dos lados y, al tiempo marcan distancias respecto de las recetas propugnadas por el FMI, subrayan los errores cometidos por los gobiernos (Sachs, 2005), o reclaman la necesidad de los mismos se adapten a la globalización *bajo sus*

¹² En los últimos tiempos el FMI ha tratado de matizar algo su posición reconociendo que cualquier tipo de crecimiento no tiene las mismas posibilidades de incidir en la reducción de la pobreza, y que, incluso en Asia, serían necesarios incrementos de productividad asociados a un desplazamiento de mano de obra, desde la agricultura, hacia los sectores industrial y de servicios, aunque para ello la propuesta sigue consistiendo en una mayor liberalización del comercio, la ampliación y profundización de los sistemas financieros, o la flexibilización de los mercados laborales, a los que se une una genérica referencia a la necesidad de reforzar el capital humano (FMI, 2006).

propias condiciones y a su propio ritmo (Stiglitz, 2006), como si ambos aspectos de la cuestión no estuvieran directamente relacionados.

La interdependencia entre la dimensión *interna* y *externa* del problema se refleja en diversos diagnósticos y tomas de posición llevadas a cabo en los últimos años en el ámbito internacional. Está presente en la propia definición de los Objetivos del Milenio, y más específicamente, en el punto octavo, que reclama una nueva asociación mundial en favor del desarrollo capaz e hacer frente a los retos planteados. También el llamado *Consenso de Monterrey* de 2002 reconoció en parte las limitaciones de los enfoques anteriores, al plantear que la capacidad de los países en desarrollo para lograr los Objetivos de Desarrollo del Milenio dependía de factores externos -como el comercio, las corrientes de asistencia, o el logro de una solución internacional al problema de la deuda- e internos – como el establecimiento de las condiciones necesarias para lograr niveles suficientes de inversiones productivas y desarrollar las capacidades locales-, aspectos estos últimos a los que no se había prestado mucha atención en las anteriores propuestas de reforma. Por su parte, para la UNCTAD, la creación de un clima favorable al desarrollo económico depende del modo en que funcionan los mercados, pero también se ve influido por externalidades de diverso tipo. Sin embargo –señala- las recomendaciones de política que se centran en la consecución de *precios correctos* mediante la liberalización del mercado limitan el alcance de las políticas dinámicas destinadas a afrontar esas externalidades, lo que, en muchos casos, puede ser determinante para las decisiones relativas a la inversión (UNCTAD, 2006).

5.- Necesidad de una perspectiva global.

La evolución habida durante los últimos años en el diagnóstico de la pobreza y en el debate sobre las políticas más eficaces para enfrentarla ha puesto de manifiesto algunos asuntos principales. Lo primero que llama la atención es el elevado grado de ideologización presente en algunos de los análisis llevados a cabo sobre la pobreza, tanto en lo referente a las causas, como a su evolución. Ello se hace especialmente visible en aquellos trabajos que pretenden establecer un juicio categórico sobre las consecuencias de la globalización sobre la pobreza y la desigualdad en el mundo. Como señala Martínez González-Tablas (2007) se corre el peligro de acabar simplificando la realidad de tal manera que el debate acabe por plantearse en unos términos de interés bastante limitado.

Lo cierto es que el reconocimiento de la multicausalidad de la pobreza, unida a la creciente complejidad de los fenómenos económicos, sociales, y políticos que influyen en la misma, requieren de un enfoque global, integrador, y multidisciplinar, que en ocasiones puede colisionar con la utilización de definiciones simples y metodologías inadecuadas para el propósito que se persigue. La evolución de la pobreza y la desigualdad durante las últimas décadas pone de manifiesto, en primer término, la necesidad de adoptar una perspectiva global para su análisis. La privación humana fue estudiada durante varias décadas como un fenómeno asociado al subdesarrollo y, en

consecuencia, ampliamente extendido en un determinado tipo de países, mientras se presentaba como algo mucho más excepcional en las sociedades llamadas desarrolladas, que contaban con estructuras económicas capaces de amortiguar la desigualdad, y con redes de seguridad social orientadas a paliar las situaciones de pobreza¹³. Sin embargo, la realidad más reciente muestra que tanto el aumento de la pobreza como la creciente desigualdad han afectado, a lo largo de los últimos años, a países del norte o del sur, a países considerados ricos o pobres. Como apunta Martínez Peinado, si el Estado del bienestar y el desarrollo nacional representaron la promesa de un capitalismo de rostro humano, ambos agonizan hoy en día como consecuencia del proceso seguido por un mismo capitalismo global (Martínez Peinado, 1999). La idea de la pobreza como producto del sistema económico en el que vivimos, basado en el afán de lucro, la competencia, y la rentabilidad empresarial (Berzosa 2002), toma cuerpo en el momento presente en las características propias de la actual fase de dicho sistema: la globalización.

La necesidad de considerar la pobreza como un fenómeno global, que actúa al mismo tiempo en unos y otros países –y que incluso se mueve de unos a otros países en forma de migraciones humanas- no obsta para que el mismo deba ser también analizado en su diversa expresión territorial, y desde la perspectiva de las políticas impulsadas en unos u otros lugares. La lucha contra la pobreza y la privación humana requiere sin duda de un acertado aprovechamiento de las capacidades locales, pero ello necesita, al mismo tiempo, un marco global que propicie –y no dificulte- las actuaciones en ese ámbito. En ese sentido, problemas complejos como son los sociales no pueden abordarse con recetas generales que, además, sólo contemplan aspectos parciales de la cuestión. Ni el enfoque basado en confiarlo todo al ajuste macroeconómico –propugnado por el FMI-, ni el que contempla sólo la dimensión comercial de las propuestas y su impacto en la competencia global –como sugiere la OMC-, resultan útiles para abordar un tema cuyo tratamiento exige soluciones adaptadas a diferentes circunstancias¹⁴. No resulta convincente que la culpa sea siempre de los gobiernos locales cuando tratan de aplicar políticas autónomas, mientras se consideran simples *fallos del mercado* los negativos resultados de muchas políticas impuestas desde el exterior.

¹³ Tortosa señala la utilización que se ha hecho, durante mucho tiempo, de diferentes términos para el diferente tratamiento que la privación humana, según se hablaba de unos u otros contextos geográficos, económicos y sociales: “El empobrecimiento es un fenómeno propio de la sociedad mundial que se llama *subdesarrollo* si se refiere a unos países, y *pobreza*, *colectivos desfavorecidos*, *precariedad*, *rentas bajas* si se refiere a otros. Pero el empobrecimiento afecta a grupos humanos en todos los países y las causas están en todos los países también” (Tortosa 1993).

¹⁴ El propio Banco Mundial, en su *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2006* reconoce la necesidad de tener en cuenta los problemas de la pobreza y la equidad a la hora de plantear acuerdos globales sobre comercio, patentes y derechos de propiedad intelectual, inversiones extranjeras, deuda externa, medio ambiente, o movilidad de mano de obra, entre otros, para concluir finalmente: “En resumen, el papel que pueden cumplir las acciones globales es clave para reparar las normas inequitativas y para ayudar a nivelar las dotaciones. Deben ser más equitativas las normas que rigen el mercado laboral, de productos, de ideas, de capital, y de recursos naturales. (...) En especial, los cambios requerirán de mayor responsabilidad en el ámbito global, con mayor representación de los intereses de los pobres en los órganos encargados de formular las normas” (Banco Mundial, 2005)

En segundo lugar, hace falta, hoy más que nunca, una perspectiva integradora en el análisis de los procesos económicos, que evite dejar a un lado los problemas sociales, como si éstos fueran a encontrar una solución automática de la mano de mayores tasas de crecimiento. Durante demasiados años se ha considerado que la desigualdad asociada a las primeras etapas del mismo no era necesariamente perjudicial, ya que podría favorecer el ahorro por arte de las clases más emprendedoras y, por lo tanto, la inversión y la creación de empleo y riqueza. En consecuencia, la corriente dominante consideró que las políticas más eficaces a la hora de combatir la pobreza eran aquellas que garantizaran mejor el crecimiento –fundamentalmente el control de algunas variables macroeconómicas- aunque ello pudiera generar a corto plazo mayores cotas de desigualdad, o incrementar el grado de marginación de algunos sectores sociales. Los pobres podían y debían esperar. Sin embargo, hoy en día hay evidencias que permiten comprobar que eso no es así, y que no pueden separarse alegremente variables o indicadores *económicos* por un lado y *sociales* por otro. Ambos forman parte de una misma realidad que interactúa, y en la que pobreza, desigualdad, y crecimiento son fenómenos conectados entre sí. Como ha sido subrayado por algunos autores (Bourguignon, 2000), la desigualdad dificulta el avance en la lucha contra la pobreza y limita decisivamente los efectos que sobre ésta puede tener el crecimiento económico.

La perspectiva integradora que se reclama requiere, además, que en la misma sean consideradas las variables medioambientales, ya que las mismas condicionan directamente el crecimiento y determinan las características del mismo. El actual modelo de crecimiento se ha mostrado, no sólo e incapaz de acabar con la pobreza sino que está poniendo en peligro el futuro de la humanidad como consecuencia de su carácter depredador de recursos. En esas condiciones, ya no se trata de distribuir mejor el crecimiento, sino de distribuir mejor los recursos existentes. En algunos lugares del mundo, el objetivo no puede ser el logro de un crecimiento más equitativo, sino la equidad en sí misma, sin asociarla al incremento permanente de la producción de bienes y servicios. La pobreza y la privación de hoy no pueden ser sustituidas por las de las futuras generaciones.

Finalmente, el análisis de la pobreza requiere de una perspectiva pluridisciplinar acorde con el carácter multidimensional de los fenómenos relacionados con la privación humana. Es preciso reconocer que, al menos en el plano teórico, algo se ha avanzado durante los últimos años en esta dirección. Incluso el propio Banco Mundial ha reconocido que la pobreza está directamente con factores tales como la vulnerabilidad o el empoderamiento, lo cual requiere un tratamiento de la misma que contemple las dimensiones social, cultural, política o medioambiental del problema. Sin embargo, a la hora de elaborar estrategias y de proponer políticas, la pobreza sigue enfocándose generalmente como un problema fundamentalmente económico.

Hoy, entrado ya el siglo XXI, existe un amplio conocimiento de los diferentes temas relacionados con la pobreza, sus causas y su evolución reciente. Nunca como ahora se disponía de tanta información, ni de tantas evidencias sobre las

relaciones multicausales que convergen en este fenómeno. En estas circunstancias, la insistencia en planteamientos ya fracasados, dando la espalda al conocimiento existente sobre el tema, constituye un escándalo de gran magnitud.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

BANCO MUNDIAL (2000): **Informe sobre el desarrollo mundial 2000/2001. Lucha contra la pobreza.** Washington.

BANCO MUNDIAL (2001): **Globalización, Crecimiento y Pobreza.** Washington.

BANCO MUNDIAL (2005): **Informe sobre el desarrollo mundial 2006. Equidad y Desarrollo.** Washington.

BANCO MUNDIAL (2006): **Informe sobre el desarrollo mundial 2007. El Desarrollo y la nueva generación.** Washington.

BERZOSA, Carlos (2002): **Los desafíos de la economía mundial en el siglo XXI.** Nivela. Madrid.

BOURGUIGNON, Francois (2000): **The pace of economic growth and poverty reduction.** The World Bank and Delta, París-

BHAGWATI, Jagdish (2005): **En defensa de la globalización.** Debate. Barcelona.

CHEN, Shaohua y RAVALLION, Martin (2004): *"How have the world poorest fared since the early 1980s?"* en **Policy Research Working Paper 3341.** World Bank

DOLLAR, David (2006): **Globalización, Desigualdad, y Pobreza a partir de 1980.** Libertad y Desarrollo. Serie Informe Social nº 102. Santiago de Chile.

ESTEFANIA, Joaquín (2003): **La cara oculta de la prosperidad. Economía para todos.** Taurus. Madrid.

FMI (2006): **Perspectivas de la Economía Mundial.** Washington. Septiembre.

GALBRAITH, John K. (1986): **Naciones ricas, naciones pobres.** Ariel. Barcelona.

GEORGE, Susan (2004): **Otro mundo es posible si...** Icaria. Barcelona.

MARTINEZ GONZALEZ-TABLAS, Angel (2007): **Economía Política Mundial.** Ariel. Barcelona.

MARTINEZ PEINADO, Javier (1999): **El capitalismo global.** Icaria. Barcelona.

OIT (2005): **Indicadores claves del mercado de trabajo.** Ginebra

PNUD (1997): **Informe sobre Desarrollo Humano 1997. Desarrollo Humano para erradicar la pobreza.** Nueva York

PNUD (1998): **Informe sobre Desarrollo Humano 1998. Consumo y Desarrollo Humano.** Nueva York

SACHS, Jeffrey (2005): **El fin de la pobreza. Como conseguirlo en nuestro tiempo.** Debate. Barcelona.

SALA i MARTIN (2001): **The World Distribution of Income Estimated from Individual Country Distribution.** National Bureau of Economic Research, cuaderno nº 8933. Cambridge, Massachusetts.

SALA i MARTIN (2003): **Más globalización y menos ONU y Banco Mundial.** La Vanguardia, 17 julio. Barcelona.

SUTCLIFFE, Bob (2004): **¿Un mundo más o menos desigual? Distribución de la renta mundial en el siglo XX.** Hegoa, Cuaderno de Trabajo nº 31. Bilbao.

STIGLITZ, Joseph (2002): **El malestar en la globalización.** Taurus. Madrid.

STIGLITZ, Joseph (2006): **Cómo hacer que funcione la globalización.** Taurus. Madrid.

TORTOSA, Jose María (1993). **La pobreza capitalista.** Tecnos. Madrid.

UNCTAD (2006): **Informe sobre el Comercio y el Desarrollo 2006: panorama general.** Ginebra.

VIDAL VILLA, J. María (1976): **Teorías del Imperialismo.** Anagrama. Barcelona.

VIDAL VILLA, J. María (1990): **Hacia una economía mundial.** Plaza y Janés. Barcelona.

VIDAL VILLA, J. María (1996): **Mundialización. Diez tesis y otros artículos.** Icaria. Barcelona.

ZABALA, Idoye (2006): **La perspectiva de género en los análisis y en las políticas del Banco Mundial: su evolución y sus límites.** Servicio Editorial de la UPV/EHU. Bilbao.